

Distr.
RESTRINGIDA

LC/R.1375(Sem.73/7)
23 de marzo de 1994

ORIGINAL: ESPAÑOL

CEPAL

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

Seminario de Expertos sobre Juventud Rural,
Modernidad y Democracia en América Latina

Santiago de Chile, 26 al 28 de octubre de 1993

CULTURA CAMPESINA Y PROYECTOS DE VIDA DE LA
ADOLESCENCIA RURAL COSTARRICENSE

Este documento fue preparado por la señora Dina Krauskopf, consultora de la División de Desarrollo Social de la CEPAL. Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de su autora y pueden no coincidir con las de la Organización.

No fue sometido a revisión editorial.

94-4-454

INDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCION.....	1
I. TIEMPO DE SER JOVEN.....	1
1. La extensión del período juvenil.....	2
2. La significación del presente.....	3
3. Crecer y renacer.....	3
II. IDENTIDAD Y PROYECTO.....	4
1. Identidad y condiciones sociales.....	4
2. Opciones y proyecto.....	5
3. Los modelos identificatorios.....	5
III. LA ELABORACION DE LA ADOLESCENCIA EN LA FAMILIA.....	6
1. Vínculos familiares.....	6
2. Valores y patrones familiares.....	7
3. Familia y control.....	8
4. Del ordenamiento de la familia al ordenamiento social.....	8
IV. ADOLESCENCIA Y SEXUALIDAD.....	9
1. Las relaciones sexuales.....	9
2. Sexualidad y pareja.....	9
V. EL ESPACIO ESCOLAR EN LA ADOLESCENCIA.....	10
1. Estudio y reconocimiento social.....	10
2. La desigual educación.....	11
3. Escolaridad y proyecto.....	11
VI. LA AUSENCIA DE PROGRAMACION LABORAL.....	12
1. El inicio temprano de la actividad laboral.....	12
2. La inserción laboral en la adolescencia rural y urbana.....	12
3. Trabajo y reconocimiento social.....	13
VII. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES.....	14
BIBLIOGRAFIA.....	16
ANEXO: Cuadros.....	19

INTRODUCCION */

La presencia de la juventud rural en las políticas sociales y económicas es escasa. También lo es en el ámbito de las ciencias sociales e incluso en la psicología de la adolescencia. Los aportes sobre juventud y adolescencia giran principalmente en torno a la juventud urbana y periurbana. Entre los psicólogos y los demás científicos sociales ha habido departamentos estancos al abordar esta temática. Los primeros han orientado sus análisis fundamentales a la adolescencia y los segundos, a la juventud. Afortunadamente estos enfoques empiezan a interactuar promisoriamente lo que permitirá llegar a síntesis más justas para el sector juvenil. En este trabajo interesa señalar un contexto que permita acercarse a la adolescencia campesina, desde sus procesos sociopsicológicos y analizar cuales son las necesidades, conflictos, comportamientos, caminos y problemas de esta juventud.

En Costa Rica, el segmento entre los 10 y 24 años es muy importante, y de acuerdo al último Censo Nacional de 1984, constituye el 34% de la población. En el istmo, los y las adolescentes de las zonas rurales participan en la población económicamente activas más que en las zonas urbanas. Las diferencias rural-urbanas son relativamente menores que en el resto de Centroamérica, donde la región rural tiende a ser mayor y más diferenciada. Aún cuando existen diferencias socio-culturales importantes entre el campo y la ciudad, en Costa Rica esta distancia ha disminuido por cuanto en los últimos treinta años el incremento de vías de comunicación, información y servicios han roto con el aislamiento (Torres Rivas, 1987).

Los jóvenes han sido mencionados, en la programación social, fundamentalmente como futuros adultos o como elementos del desarrollo socioeconómico. El perfil de este segmento ha tenido características poco específicas y su situación bordea la invisibilidad. Las políticas de desarrollo deben considerar en su planificación las diversidades subjetivas y objetivas, personales, sociales y culturales que tipifican a la adolescencia rural. Esto implica reconocer a los jóvenes actores en las diversas etapas que comprende la adolescencia, en la dependencia que guardan con su grupo familiar, en la configuración y condiciones de vida de este núcleo, en la exclusión que genera la pobreza y en las diferencias patriarcales de género.

I. TIEMPO DE SER JOVEN

Rama y Filgueira (1991) explican la gran significación que la juventud tiene en los países desarrollados por su carácter social y, señalan a la vez, el peso incipiente que presenta en las sociedades más pobres y rurales. Destacan (CEPAL, 1985) que el tiempo de ser joven varía "considerablemente entre estratos y clases sociales, dado que las desigualdades de ingresos y cultura establecen oportunidades muy diferentes para que los jóvenes dispongan de un tiempo de formación antes de asumir los roles adultos". Sin embargo, el supuesto de la moratoria hace menos visible la marginación de las posibilidades de desarrollo de grandes segmentos juveniles y facilita que acepten una exclusión social.

*/ La autora expresa su reconocimiento a los valiosos comentarios brindados por la psicóloga, Sra. Heliete Saint-Jean y el sociólogo, Sr. José Weinstein.

1. La extensión del período juvenil

La juventud y la adolescencia constituyen una fase de organización y crecimiento. Por lo tanto, no es apropiado caracterizarla como un período de transición. No existe otra etapa en que esto ocurra: la vejez no es caracterizada como una transición de la menopausia a la muerte, ni la niñez, como una transición del nacimiento a la pubertad. Se trata de una forma adicional de marginación que se hace con la juventud.

Desde la perspectiva sociológica de las generaciones y la visión psicológica prevalente, la condición juvenil implica el proceso preparatorio para la incorporación al rol adulto en la sociedad. Sus características difieren entre culturas y sectores sociales, tanto en la longitud del período como en los contenidos que se elaboran durante el mismo. Se privilegia el concepto de la adultez como meta y la idea de futuro contribuye a fomentar una moratoria psicosocial.

La velocidad y el tipo de los cambios que se van a producir en este proceso tienen grados diferentes. La velocidad de los cambios y la longitud del tiempo de ser joven reflejan cuán moderna es la elaboración de la adolescencia. En este sentido, Erdheim (1992), plantea que la diferencia entre lo que el individuo proyecta para su vida y los proyectos que para él forjó su familia original, pueden ser considerados como indicadores de la velocidad de cambio en la sociedad. Mientras más rápido cambia una cultura, más larga será la adolescencia de sus miembros y viceversa. La adolescencia alargada libera energía psíquica que, a su vez, acelera el cambio.

El concepto de transición afirma: está cambiando, pero no es lo definitivo. De este modo se contribuye a negar la importancia de lo que le ocurre a un gran segmento de la población latinoamericana durante un período bastante largo. La adolescencia, según la OPS, se estudia entre los 10 y los 20 años; el tema juvenil se aborda desde los 15 años en adelante, y su límite superior fluctúa; la OIT considera la población joven como el segmento entre los 10 y los 24 años.

En la última etapa de la adolescencia las preocupaciones y las capacidades de autocuidado parecen incrementarse. Hay una mayor conciencia de riesgos tanto en el plano sexual como en el campo de las drogas y los aspectos psicosociales de su desarrollo son más claramente percibidos. Estos jóvenes pueden ser capacitados para promover su cuidado en sus diferentes aspectos y actuar como agentes multiplicadores dada su fuerte interacción con los grupos de pares (Krauskopf *et al.* 1992).

Para tener un panorama más claro y fijar políticas, es útil considerar la prolongación del período hacia los años inferiores, en lugar de lo que ocurre en los países con mayor desarrollo industrial que lo extienden hacia las edades más avanzadas. Si se integran los enfoques se puede extender el límite cronológico hacia abajo, o sea, hacia los 10 años y descubrir que, en la realidad latinoamericana, el segmento de la población rural que se encuentra entre los 10 y los 15 años ingresa a muchos ámbitos adscritos a la fase juvenil. De este modo se puede analizar la juventud rural desde los 10 hasta los 30 años, aún cuando no exista consenso sobre los límites cronológicos del período.

2. La significación del presente

El discurso sobre la juventud revela un doble mensaje, por un lado son señalados como el futuro, pero por otro, cuando se les describe, se analiza su empleo, su educación, su sexualidad, su relación familiar, sus dificultades psicosociales. Los y las adolescentes enfrentan en el presente, su crecimiento físico con cambios hormonales, sexuales, emocionales e intelectuales que, desencadenan necesidades individuales, sociales e interactivos, como son la exploración, la autoestima, la autoafirmación, la identidad, la aceptación social, la sexualidad.

En la adolescencia moderna se espera que la sociedad provea de una moratoria psicosocial a quienes pasan por este período etéreo. Se trata de un espacio alternativo para la elaboración de la identidad y elección del destino futuro, en el cual se acepta que los y las adolescentes experimenten, ensayen, conozcan el error y el riesgo en la prueba de sus aptitudes y elecciones sociales, etc., lo que supone un tiempo de exploración.

En los medios de mayores recursos económicos la moratoria se prolonga apoyada en la inserción académica y la elección ocupacional del adolescente es postergada para evitar la adscripción a un rol determinado que implicaría limitar las diversas identidades potenciales posibles. Para ellos el futuro constituye una perspectiva que influye positivamente en su proyecto, pero el presente no deja de ser un momento fundamental en el sentido de su existencia. Cuando la moratoria no se ofrece al joven, sino al revés, existe la premura psicosocial —como observa De la Garza (1977)— la ocupación no es elegida, se impone el esfuerzo de reconocerse en ella, lo que a menudo no es gratificante.

La adolescencia es un período en el cual se organiza un presente, al que se incorpora el pasado y el futuro. El futuro para los y las adolescentes es pensado en el presente, momento en el que el pasado también es repensado. Este es un período en donde la temporalidad se hace muy importante y nunca, en el ciclo vital, el pasado y el futuro parecen ser existencialmente tan vigentes para organizar la vida, construir la identidad, afirmar el proyecto. Esta vivencia de la temporalidad asume características muy particulares en los jóvenes campesinos que no cuentan con opciones claras para construir un proyecto de desarrollo y, además, mantienen confusiones acerca de su exclusión.

3. Creecer y renacer

La adolescencia es una etapa importante, se produce un segundo nacimiento. Este es un período de reestructuración y reelaboración, un momento clave de propositividad vital, en el que es óptimo el buen desarrollo de estrategias (CEPAL, 1993), las que a menudo son muy difíciles de estructurar efectiva y satisfactoriamente para la juventud campesina de América Latina.

El primer nacimiento canaliza al ser humano del vientre materno a la familia, en términos modernos, el segundo nacimiento lleva al individuo de la familia a la sociedad. La adolescencia suele verse como la última oportunidad de la sociedad para promover las expectativas que el individuo va a desarrollar para su incorporación adulta (Durstón, 1993). Desde el punto de vista psicológico, es la primera oportunidad que tiene la persona para reconstruirse, de elaborar la identidad.

Frente al hecho que la niñez es una etapa dependiente, diversas corrientes psicológicas de mediados de este siglo, diferenciaron la adolescencia como equivalente a la etapa de elaboración de la identidad y la autonomía. Los actuales avances muestran que la identidad es algo que se reelabora

permanentemente y que el adulto no puede ser considerado como un sujeto establemente definido, pues las distintas circunstancias de la vida demandan del ser humano la reestructuración de su identidad.

II. IDENTIDAD Y PROYECTO

La identidad es un concepto interno de reconocimiento de sí mismo que influye en el estilo de vida y en el proyecto personal social. A medida que se avanza hacia la modernidad, con su gran gama de complejos estímulos, se incrementa la necesidad de organizar el comportamiento desde dentro del individuo y una serie de factores influyen en el proceso de configuración de sus características.

1. Identidad y condiciones sociales

La noción de identidad conduce a la reproducción social, porque por intermedio de la programación social se desarrollan los procesos de identificación: "No hay identidad sin herencia, no hay identidad sin una proyección". "La identidad de un grupo está supeditada por su actoría social, protagonismo o sumisión a las condiciones dominantes, por la índole de los conflictos con los otros grupos y por la naturaleza del escenario social en que se desenvuelve" (Gainza, 1989). La afirmación de un "soy" implica un reconocimiento de sí mismo en relación a los demás y a la propia persona.

La identidad del sujeto está referida a las representaciones sociales que el sujeto tiene de su yo (Martin Baro, 1989). Supone el establecimiento de una percepción histórica que se nutre de las contradicciones y los conflictos existentes en el ámbito social cercano, el peso del pasado, el presente y el futuro. El proyecto que los y las adolescentes necesitan construir se ve estimulado cuando el pasado es valorizado y el futuro es una promesa.

Las representaciones sociales que el sujeto tenga de su yo están determinadas por las condiciones socioeconómicas y por el lugar o valoración que tienen los y las hijas en la estructura familiar así como por otras instancias fundamentales de socialización, como lo son —entre otros— la institución educativa, los medios de comunicación, la comunidad (Moreno, 1992). Para una parte importante de la juventud campesina estas condiciones no son favorables.

Las necesidades de los jóvenes rurales han entrado a la agenda económica y social a través de la preocupación por el empleo y las migraciones hacia zonas urbanas. Poco se conoce acerca de su subjetividad y del impacto del entorno inmediato en sus comportamientos, esperanzas y confusiones, de sus vivencias, preocupaciones y búsquedas. Se les ha visto más como receptores de iniciativas que como interlocutores y sujetos de un proyecto vital. Incluso se ha debatido si se puede hablar de jóvenes o adolescentes campesinos y no deberían ser denominados simplemente campesinos. Pardo (1987) plantea que "la adolescencia como una categoría que pueda individualizarse pierde significado en un sector social donde la solidaridad del grupo es la única alternativa de sobrevivencia". En su análisis de los jóvenes marginales, Garita (1989) concluye: "no han escogido lo que son, no pueden escoger lo que serán. No saben en qué van a trabajar más adelante, dónde y con quien van a vivir, ni cuanto ingreso devengarán. Sin embargo, esta situación social siempre será la misma para ellos".

2. Opciones y proyecto

Las investigaciones y los datos sociodemográficos muestran que en América Latina, muchas tareas son cumplidas en cuanto las personas tienen las mínimas capacidades para ello. Son significativos los sectores que inician sus responsabilidades sociales al finalizar la niñez y más nítidamente a partir de la pubertad, situación de gran relevancia para el análisis y la fijación de políticas. Muchos adolescentes rurales deben resolver necesidades vinculadas con la producción, la reproducción y la supervivencia y elaboran tempranamente sus proyectos de vida.

Si todos los adolescentes, de un modo u otro procesan los cambios que experimentan a través de la elaboración de la identidad, no todos pueden pensar su proyecto de vida como un replanteamiento de quienes son y quienes serán. Los patrones más tradicionales conducen principalmente a una identidad apoyada en un proyecto predeterminado y, por lo tanto, los jóvenes campesinos, ya sea por sus condiciones de exclusión, como por el hecho de pertenecer a los grupos familiares que menos han sufrido la influencia de los cambios sociales modernos, tienen pocas posibilidades de escogencia y exploración de sus opciones existenciales.

La elección ocupacional es central en la adolescencia, pues es parte de la estructuración de un proyecto de vida. Elegir una ocupación significa aspirar a un rol laboral, lo que no implica necesariamente la posibilidad de acceder al mismo. Sin embargo, cabe recordar que la identificación con una tarea social no surge en la adolescencia, es producto de la socialización, las opciones, la imagen de sí mismo proyectada al presente y al futuro.

Diversos estudios (Dulanto, 1985; Reuben, 1990) señalan que los padres de los adolescentes rurales desvalorizan su propia ocupación, destacan sus frustraciones, tienden a desarraigarse, y desean abandonar el trabajo del campo. Así aceptan y a veces, hasta propician, el abandono de las tareas agrícolas por sus hijos. Tal situación puede introducir un nivel de aspiraciones en los adolescentes mucho más elevado que las posibilidades reales de satisfacerlas.

3. Los modelos identificatorios

La pérdida de la estabilidad geográfica conlleva el debilitamiento de los valores culturales y sociales, afecta la sensación de pertenencia y la capacidad de meditar acerca del futuro. En tales circunstancias los nuevos modelos de comportamiento se pueden adoptar muchas veces sin enjuiciarlos (De la Garza *et al.* 1977). En las propias zonas rurales se encuentran familias que han sufrido el desarraigo en busca de mejores condiciones de vida, adolescentes que han tenido casas en diversos lugares e interrumpen por ello su escolaridad. En particular, la crisis económica empuja a los jóvenes a emigrar, lo que genera en ellos la angustia de separación, el temor a lo desconocido, a fracasar y regresar drogadictos, etc. La emigración es una imaginaria manera de mejorar sus vidas y carecen de alternativas apropiadas para considerarla realísticamente.

En este contexto, el papel de los medios de comunicación colectiva en el área rural de Costa Rica es muy importante y configura un mundo nuevo que entra en conflicto con el de su vida cotidiana (Moreno, 1992). En una encuesta nacional (Krauskopf *et al.*, 1992) se constató que la amplia mayoría de los adolescentes costarricenses ve televisión (96.8%) y escucha radio (91,5%). Los periódicos son leídos por más de la mitad de los adolescentes del país, especialmente por aquellos provenientes de la zona urbana. No hay diferencias entre hombres y mujeres.

La televisión, el cine, la radio, etc., ofrecen a los y las adolescentes rurales, modelos identificatorios que se insertan en la restricción de opciones, los sumen en una situación confusa que facilita la paralización y la desorganización de la búsqueda de su destino. Moreno observa que los profesionales que se presentan no corresponden a la configuración histórica y socioeconómica que se vive. La información brindada muestra un mundo moderno, sin estar acompañada de un sólido conocimiento de esta realidad.

Las representaciones sociales de las ocupaciones incluyen imágenes seductoras de éxito y prestigio, las cuales, a pesar de su poco contenido informativo real, tienen gran fuerza porque incluyen muchos elementos de tipo valorativo. Por lo tanto, los medios de comunicación pueden actuar como factores distorsionadores en las aspiraciones adolescentes (Cipolatti *et al.* 1975) y fomentan un identidad personal y social desvalorizada. Pocos jóvenes rurales viven la moratoria psicosocial y el cumplimiento de sus funciones adultas en nada se asemeja a la vida laboral que modelan los guiones televisivos.

Para abordar, desde el marco de la elaboración de la identidad, la estructuración del presente y las perspectivas de la juventud campesina, es imprescindible estudiar las dos vías que nuestra sociedad ofrece para su inserción: el trabajo y la educación, así como el papel que cumplen la familia y otras instancias, en la resolución de las vías de interacción social, sexual y económica.

III. LA ELABORACION DE LA ADOLESCENCIA EN LA FAMILIA

Los patrones tradicionales son aún los predominantes en el establecimiento de las pautas de socialización y por lo tanto, los comportamientos esperados corresponden, en una importante proporción, a aquellos que tenían mayor funcionalidad cuando, como decía Margaret Mead, el futuro de los nietos era el pasado de los abuelos.

1. Vínculos familiares

Bronfenmajer (1988) expone que los cambios sociales y su incidencia en las relaciones padres-hijos irrumpen como fractura y no como proceso de síntesis. Esto implica para el adolescente, negar y continuar con el tipo de vínculos y valores familiares. Sin embargo, a pesar de los cambios y el debilitamiento en la estructura familiar, este es aún uno de los soportes básicos de una identidad adulta. El grado de tradicionalismo o modernidad de las familias, así como su situación económica, es determinante de las posibilidades de desarrollo adolescente.

Los resultados de nuestra investigación así como de otras (Krauskopf *et al.*, 1992; Moreno, 1992) muestran que hay un vínculo más importante entre el adolescente y la madre que con el padre. Las razones posibles son, el alcoholismo del padre, la dificultad paterna de vincularse con los hijos, la mayor presencia de la madre en el hogar (75,9%9). Sin embargo, cabe destacar que encontramos un 16,1% de figuras paternas encargadas del hogar en la zona rural.

Existe en Costa Rica un consenso mayoritario de padres e hijos en cuanto a que los primeros son los máximos encargados de resolver, apoyar y cuidar de las necesidades de los últimos, pese a que su capacidad para cumplirla tiene importantes escollos. Familias encuestadas acerca de cuales eran los temas fáciles de abordar en las conversaciones con sus hijos e hijas adolescentes señalaron la salud, las amistades, los asuntos familiares. En cambio, los temas difíciles fueron la política, el trabajo

y el sexo. Alrededor de un 30% de figuras parentales no podían tratar estos temas y en la zona rural mostraron mayor dificultad que en la zona urbana para ser tolerantes o comprensivos con al temática sexual. Menos adolescentes rurales plantean estas inquietudes a sus padres y consideran para ello, principalmente, la escuela y los grupos juveniles (Krauskopf et al. 1992).

El peso de la familia campesina parece ser más influyente que el de la familia urbana. La adolescencia rural transcurre en lugares en los que, como señala Porras, "no existen actividades o mecanismos capaces de estimular a la población en general y donde la mayor parte de la vida gira alrededor de la familia, casi como único grupo social que integra a los individuos, aparte de la iglesia para las mujeres y el grupo de fútbol y la cantina para los hombres".

2. Valores y patrones familiares

Los valores modernos pretenden estimular la individuación, la elaboración de juicios propios, el apoyo en la experiencia personal frente a la realidad y una actitud crítica que permita sintetizar un concepto de sí mismos y una perspectiva que sitúe a los jóvenes de modo efectivo y personal en la sociedad. En este modelo, la relación al interior de la familia propende a un respeto mutuo, o en casos más radicales, al respecto hacia los jóvenes. Las jerarquías se debilitan, a medida que los hijos avanzan en la edad, los impulsos y necesidades que irrumpen en la pubertad provocan un relajamiento de las estructuras familiares modernas y crean las premisas psíquicas para una nueva estructuración de la orientación personal, la cual ya no se vincula directamente al marco familiar. Se fomenta el proyecto personal moderno autónomo, que es el replanteamiento y construcción de metas de desarrollo individuales a las que el grupo familiar colabora.

En los grupos tradicionales, predomina un estilo de vida determinado por el colectivo y la identidad es un concepto con mayor predeterminación, con pocas posibilidades de exploración y elaboración de opciones e interacciones que permitan nuevas claves. Los sistemas de autoridad suponen el respeto hacia los mayores y la mantención de las relaciones asimétricas con los hijos en cualquier etapa de su vida. Así las metas imponen un proyecto más familiar que individual, mayor énfasis en la lealtad y solidaridad que en los logros personales. Tal situación es común en las zonas rurales y se hace más radical al asociarse a la pobreza, frecuentemente la sobrevivencia de la familia se basa en el apoyo y colaboración de todos los miembros, quienes deben postergar sus necesidades para atender las del grupo total. Los proyectos familiares campesinos no se organizan por períodos etarios, sino por las crecientes capacidades de los hijos e hijas, lo que es importante de considerar cuando en la fijación de políticas se cuenta con al estructuración etaria como un elemento organizador.

En la familia moderna se enfatizan los juicios propios, la autonomía, la separación como elementos fundamentales. Tales diferencias deben ser consideradas cuando se dirigen propuestas culturalmente modernas hacia los sectores rurales para tomar en cuenta la crisis, la ruptura que los nuevos modelos producen en las creencias, en las lealtades, en las solidaridades que se encuentran en el interior de estos grupos.

3. Familia y control

Según nuestra encuesta (Krauskopf, 1992) existe, en todo el país, un bajo fomento de la autonomía adolescente. La dependencia económica de la familia es alta y es una forma de control. Los adolescentes que no trabajan, generalmente no reciben montos fijos de dinero para sus gastos, los padres tienden a hacer sus compras y por lo tanto no les dan oportunidades que favorecen el aprendizaje de la administración y planeamiento de sus recursos. Los mismos principios se aprecian en la juventud que trabaja.

La tendencia al control se observa, también en otros ámbitos sociales: los padres buscan compartir las actividades religiosas, tienen un mayor acuerdo con las actividades hogareñas y desacuerdo con aquellas que se dan fuera del hogar. Aprueban, en su mayoría, la participación de sus hijos en los grupos organizados, sólo cuando hay presencia de adultos.

Entre los encargados familiares de las zonas rurales predomina el acuerdo con las actividades recreativas que los hijos hacen en su propia casa y la aprobación disminuye cuando implica salida del hogar, sobre todo para las mujeres jóvenes. Cuando hay discrepancias o conflictos entre padres e hijos, aparecen con mayor frecuencia los comportamientos autoritarios en la zona rural que en la zona urbana y apelan a medidas basadas en la obediencia y el castigo, pues el control que ejercen sobre los hijos —y especialmente las hijas— les da las mayores garantías de protección.

4. Del ordenamiento de la familia al ordenamiento social

Los grupos son un vehículo en la adolescencia para pasar del ordenamiento de la familia al ordenamiento social más amplio, lo que incluye permitir el desarrollo de la capacidad de planeamiento, análisis, reflexión y pertenencia. La imagen de la cultura se organiza con las experiencias del cambio, la innovación, lo público, lo racional. El individuo es empujado de la familia hacia la cultura y viceversa. El antagonismo entre la familia y la cultura es un conflicto central de la adolescencia en nuestros tiempos. Su resolución permite el crecimiento psíquico y la construcción de las nuevas imágenes de familia y cultura en el desarrollo (Erdheim, 1992a). El acontecer para el adolescente rural de escasos recursos dificulta tal tránsito e impulsa básicamente el ligamen con el ordenamiento familiar y la inmovilidad cultural. Su caos proviene de la falta de un pasado que lo estructura prospectivamente en el presente, el peso de la sobrevivencia familiar y un horizonte que carece de perspectivas futuras de un desarrollo realizable.

Es menor la cantidad de adolescentes rurales en relación a los urbanos que efectúan actividades extrahogareñas. La participación en grupos organizados disminuye, un 29,5% versus un 37% urbano. Los grupos deportivos y religiosos son los más importantes. Cabe destacar que en los primeros predominan los varones (60,7% versus 15,9% de mujeres) y en los segundos, las mujeres (44,5% versus 17,0 de varones). Sin embargo, es interesante señalar que, en zonas rurales pujantes de Costa Rica, los grupos juveniles tienen un perfil en el que se destaca la orientación al logro en proyectos comunitarios, con una búsqueda del reconocimiento de los adultos, la cohesión grupal y la preparación de cuadros de relevo. Las dificultades son mayores en los pueblos rurales, donde los adolescentes dedicados a labores agrícolas y con baja educación, se sienten devaluados al interactuar con jóvenes que han tenido oportunidades más cercanas a lo urbano (Congreso Nacional de la Juventud, 1994).

IV. ADOLESCENCIA Y SEXUALIDAD

Las estructuras que regulan el comportamiento sexual en las sociedades latinoamericanas están apoyadas en tabúes religiosos y normas familiares que transitan entre la tradición y la modernidad.

En la adolescencia la sexualidad está asociada a la elaboración de la identidad, al proyecto de vida, a la exploración y la ampliación del mundo externo a la familia. El amor se dirige hacia afuera de la familia, con la consecuente modificación de los patrones familiares y brinda a los individuos la oportunidad de obtener nuevas experiencias y aprendizajes basados en diversos patrones de la interacción social.

1. Las relaciones sexuales

Las relaciones sexuales entre jóvenes se enmarcan en un predominio de los valores tradicionales, los que también orientan a los científicos cuando las denominan relaciones prematrimoniales.

Las figuras parentales desapruaban tres veces más las relaciones sexuales en las adolescentes que en los adolescentes, sin que existan diferencias entre la zona rural y urbana. Aún cuando aprueban el uso de anticonceptivos con mayor frecuencia en los adolescentes, la diferencia para las mujeres no es tan elevada (ver Cuadro 1). Más adolescentes rurales que urbanos, opinan que los anticonceptivos deben usarlos tanto hombres como mujeres, y la opinión es mayoritaria entre las mujeres. El preservativo tiene buena aceptación entre quienes utilizan anticonceptivos, tanto en zona urbana como rural. Las píldoras anticonceptivas, en cambio, son de mayor utilización en la zona rural (ver Cuadro 2).

La abstención (51,4%) continúa siendo considerada un recurso muy aceptado por los adolescentes y sus padres para la evitación de riesgos en las relaciones sexuales. Pese a ello en las actitudes frente al embarazo adolescente no se aprecian diferencias rural-urbanas: más del 80% opina que a una joven embarazada le corresponde tener el hijo, que lo cuide la familia o lo haga sola. Ambas posiciones posiblemente se complementen para favorecer embarazos accidentales y nacimientos.

2. Sexualidad y pareja

La concepción de la sexualidad tiende a diferir entre los adolescentes rurales y urbanos: en estos últimos, el énfasis está en la relación sentimental, en los jóvenes rurales, al igual que para los adultos del país, lo relevante es el aspecto genital. Si bien la amplia mayoría de los y las adolescentes declararon ser solteros en nuestra encuesta nacional (96,8%), un 5% de los jóvenes de la zona rural están casados, separados o en unión libre. En la zona urbana sólo se encontró un 1,3% de casados. Más mujeres responden estar en una unión marital, lo que refleja que la pareja aún es la meta más importante que para los varones y llega a ser impostergable para muchas muchachas en las zonas rurales.

En la zona rural Atlántica del país, se encontró que —a diferencia de hallazgos urbanos— la mayor parte de las adolescentes se habían embarazado después de haber establecido su pareja. La explicación más frecuente se basaba en que al encontrar a alguien con características aceptables y dispuesto a unirse, no se debía esperar. Por ello, formar pareja fue también, más que el embarazo, el mayor motivo de deserción escolar (Porrás, 1993).

La mayor proporción de los embarazos adolescentes en las zonas rurales, parece tener relación con las condiciones económicas y sociales de las familias pobres del campo, donde aún se conservan muchos patrones de la sociedad tradicional, en la cual las mujeres no parecen vislumbrar otro futuro que la vida doméstica, la procreación de los hijos y la vida en pareja (Porrás, 1993). También las uniones tempranas incrementan el número de embarazos, puesto que culturalmente el matrimonio se concibe para construir una familia con hijos.

V. EL ESPACIO ESCOLAR EN LA ADOLESCENCIA

En el contexto de la modernización, el estudio es la vía preferencial para que, al finalizar la niñez, se establezcan las bases de la inserción adulta en la sociedad. Es el instrumento que se ofrece a la juventud para su preparación, búsqueda de horizontes y perfeccionamiento, justifica la moratoria psicosocial. En Costa Rica, la educación generalizada ha sido apoyada con una alta proporción de sus fondos y alcanzó en 1986 a un 30% del Presupuesto Nacional, es considerada un elemento democratizador de la sociedad (Torres Rivas, 1988) y se valoriza como contraste, por tratarse de un país en el cual no existen las Fuerzas Armadas. Ha sufrido, sin embargo, el impacto de las políticas de ajuste estructural, lo que contribuye a debilitar la validez de la oferta educativa frente a las demandas modernas de la juventud.

1. Estudio y reconocimiento social

Los adolescentes que estudian son considerados por la comunidad rural como 'estudiantes', a diferencia de aquellos que no lo hacen, quienes pueden incluso ser denominados 'delincuentes'. Moreno destaca que los adolescentes que no asisten a clases son estigmatizados, expuestos a la explotación laboral, a llevar una vida ociosa, a migrar más rápidamente. La permanencia en el sistema escolar, durante la adolescencia, provee de un elemento de adscripción identificatoria positiva, aspecto tan importante como el aprendizaje académico, a quien queda marginado, se le facilita una identidad negativa. Las instituciones educativas constituyen, para los adolescentes, un espacio alternativo y continente, proveen de un tiempo para estar con los amigos, sentirse joven. Para las muchachas son, además, la oportunidad de salir del ámbito doméstico, ampliar sus interacciones.

La inserción social del adolescente campesino se realiza en medio de expectativas contradictorias, por un lado la familia lo impulsa a trabajar lo antes posible y por otro la sociedad plantea que una buena preparación le puede garantizar el acceso a las mejores opciones existenciales. Un adolescente de la zona rural ante la pregunta de si seguirá estudiando responde: "Y diay, no sé, yo quiero seguir estudiando, pero mi tata quiere que yo trabaje para que lo ayude en los gastos, no sé qué voy a hacer". Otro expresa: "Tal vez el próximo año yo trabaje de día y hago tercero (primaria) de noche" (Campabadal y Vargas, 1992). En estos casos, el abandono de la escolaridad estaría más justamente denominado como salida o expulsión prematura del sistema y diferenciarlo de la deserción, dado que no se trata de una decisión propia. Cabe destacar que, en una encuesta nacional (Kraupskoff *et al.*, 1992), casi la mitad de la población adolescente expresa preocupación por su rendimiento personal, lo que sugiere que, quienes estudian y/o trabajan, internalizan la responsabilidad de sus dificultades y fracasos, lo que a menudo se agrava con la sobreedad y la repetencia. Esto, indudablemente, impacta su autoestima y las posibilidades de autoconocimiento, destrezas y talentos y anuncia la deserción de quienes se encuentran en el sistema educativo.

2. La desigual educación

Aún cuando se aprecia una alta inserción, en el sistema educacional se aprecian claras diferencias rural urbanas, los adolescentes rurales se encuentran en un 67,7% en la escolaridad primaria y solo en un 29,9% cursan la educación secundaria (ver Cuadro 3). En la zona urbana predominan quienes tienen un nivel secundario, si bien existe una proporción nada desdeñable que no culmina sus estudios.

Esta situación refleja la crisis económica y su impacto más marcado en las familias campesinas que no pueden renunciar al aporte económico de los hijos desde temprana edad así como la falta de suficientes y apropiados establecimientos escolares en la zona rural. Entre las causas de la deserción escolar identificadas en la encuesta nacional de adolescentes se destaca el desinterés por proseguir los estudios. El factor económico es una causal algo mayor en la zona rural y los problemas de conducta, que son la tercera causa, predominan levemente más en la zona urbana.

Podemos ilustrar la situación con el análisis de Moreno sobre el caso de Miguel, un adolescente de Nicoya cuyo bajo rendimiento académico lo llevó a la deserción escolar. La educación formal no representaba un valor significativo en su familia, para ellos era prioritario que el muchacho trabaje y lleve el dinero a la familia. Por otro lado, la escuela no fue un espacio alternativo. El maestro desde el lugar de la ley y la verdad el negó todo aprendizaje posible al decirle que "nada aprendía y nada iba a hacer a clases".

Pese a sus precarias condiciones muchos adolescentes campesinos consideran que las metas de su vida son el estudio y el trabajo. Algunos aspiran a estudiar carreras que se pueden considerar inalcanzables para ellos y que involucran, como para muchas personas de su edad, la necesidad del reconocimiento, la valoración social: "me gustaría darme a conocer y conocer gente nueva".

3. Escolaridad y proyecto

La escolaridad rural no proporciona el adecuado análisis para las posibles alternativas ocupacionales y se propician imágenes estereotipadas de las ocupaciones y un desconocimiento de las mismas las aspiraciones de hombres y mujeres de las zonas rurales, mantienen metas tradicionales y diferenciadas por género. En el estudio de Moreno (1992) las adolescentes tienen en su repertorio de fantasías ocupacionales, los roles de monja, secretaria, guía turística y los hombres muestran aspiraciones como ser médico, agrónomo, ebanista, analista de computación.

La instrucción formal ha constituido "más un puente que favoreció el proceso migratorio a las ciudades, que la adquisición de conocimientos y habilidades de los jóvenes del campo" (Reuben, 1990). Un joven campesino de 16 años lo refleja: "Yo he visto la dura vida que ha llevado mi padre. A veces le toca de 10 de la noche a 6 de la mañana en el hospital, y de ahí se va a trabajar en agricultura. Cuando niño él trabajó mucho, iba a Samara con bueyes, con hechos nos ha dicho que esa es una vida dura, no la quiere para nosotros, que debemos luchar por una vida más solvente. No es que la agricultura sea mala, pero es dura y si no se sabe hacer, uno queda como está: sembrando para subsistir. Mis posibilidades para irme a San José están en mis notas escolares".

VI. LA AUSENCIA DE PROGRAMACION LABORAL

El trabajo no es parte sistemática de la programación social para este período etareo, si bien tiene un papel preponderante en la vida de la juventud campesina.

1. El inicio temprano de la actividad laboral

En Costa Rica, según el censo de 1984, se encuentran económicamente activos el 12,59% de la población entre 12 y 14 años, el 38,30% entre 15 y 19 años y el 55,66% entre 20 y 24 años. En nuestra encuesta nacional encontramos aproximadamente un 20% de adolescentes que declararon trabajar. Uno de cada diez de estos adolescentes tenía entre 10 y 12 años, una cuarta parte estaba entre los 13 y 15 años y dos terceras partes tenían entre 16 y 19 años.

El inicio prematuro de la actividad laboral se asocia a fracaso y deserción escolar, aumento de accidentes laborales, trabajos temporales, ingresos discontinuos. Para valorar su beneficio o perjuicio para un adolescente es necesario analizar las condiciones que propiciaron la inserción laboral, la modalidad del trabajo, la valoración que se hace del mismo, la capacidad adquisitiva, los cambios en los vínculos con la familia, amigos, etc.

En las familias de escasos recursos se producen presiones tempranas para iniciar la contribución laboral de los y las adolescentes quienes pasan a ser un apoyo económico del grupo familiar. Los recursos limitados para alimentar a los hijos, la ausencia de formas de aporte que les permitan mantenerse juntos a la familia, puede devenir en la expulsión, llevar a la necesidad de que "busque vida" y se produce una salida no violenta, pero tampoco deseada, diferente a la separación que fomenta la autonomía en las familias modernas con suficientes recursos económicos. Un ejemplo de ello son las muchachas campesinas que pasan a ser empleadas domésticas y se van a la ciudad a servir, manteniendo los lazos de solidaridad con su familia de origen.

Así, en los grupos campesinos con bajos ingresos, la pubertad, más que el comienzo de la moratoria, es la oportunidad para legitimar la incorporación del adolescente a los esfuerzos para la subsistencia familiar. Esto incluye la entrega de la casi totalidad del salario de los jóvenes que trabajan y/o el abandono de la formación escolar para ingresar al mundo laboral.

2. La inserción laboral en la adolescencia rural y urbana

La inserción laboral de los adolescentes difiere en la zona rural y urbana. Los adolescentes urbanos tienen un claro predominio de actividades más definidas como obrero no calificado, calificado y pequeño empresario (trabajador por cuenta propia). La mitad de los adolescentes que trabajan en las zonas rurales lo hacen en fincas; principalmente en fincas pequeñas (ver Cuadro 4). En proporciones parecidas adolescentes hombres y mujeres, rurales y urbanos trabajan en su propia casa.

La condición de actividad difiere entre los adolescentes rurales y urbanos más adolescentes urbanos estudian y más adolescentes rurales perciben un salario, tienen un trabajo ocasional e incluso trabajan sin salario, se dedican al trabajo doméstico, esto último predominantemente en mujeres (18,2% mujeres, 0,6% varones).

Cabe destacar que los empleos esporádicos, de baja calificación, son desorganizadores en la vida de los jóvenes campesinos. Los meses de búsqueda y desorientación, con carencia de las garantías sociales, no solo son fuente de frustraciones, lesión a la autoestima, tiempo improductivo, limitaciones al progreso y a la participación de las instituciones de bienestar social, sino que, como afirma Campabadal y Vargas (1992) "la situación inestable les impide planificar gastos para un futuro inmediato y los obliga a vivir permanentemente al día... su capacidad de postergar es mínima".

En la encuesta nacional ya mencionada, se pudo apreciar que los adolescentes que trabajan en la zona rural entregan a los padres tres veces más todo lo que ganan con su trabajo, que los adolescentes en la zona urbana. Es el caso de José, 16 años que trabaja enzacatando (cultivando pasto). Se levanta frecuentemente a las 3 a.m., corta el pasto que siembra luego en diferentes jardines y trabaja jornadas de hasta 12 horas. El sueldo lo entrega a la madre y solo retiene lo que gana los sábados: "lo que gano el sábado es mío, para ir a pasear" (Campabadal y Vargas, 1992).

3. Trabajo y reconocimiento social

El trabajo es un marco desde el cual el sujeto expresa su identidad y recibe el reconocimiento de las otras personas que con él se relacionan. Moreno destaca que las ocupaciones que se ofrecen en algunas regiones rurales en Costa Rica son generadoras de estigmas sociales negativos y fomentan en los adolescentes una identidad personal y social desvalorizada. Lo ilustra con el siguiente extracto de la historia de Julio, 18 años: "No sé lo que me gustaría hacer cuando sea mayor, ahora lo que quiero es trabajar para vestirme, voy para grande y no hay quien me ayude, y, me gustan los pantalones Levi's, me gusta andar bien presentado, pero no tengo ningún papel (la cédula de identidad aún no se la han entregado) que me respalde para buscar trabajo en alguna fábrica. Si se anda mal vestido y le hablan es porque uno es una persona humana también, pero en otros casos no lo toman en cuenta, por ejemplo nadie lo invita a nada". Julio trabaja en el campo "porque no hay de otra", no le gustan las condiciones en que ha trabajado, han sido largas jornadas y salarios inferiores al mínimo legal. Le cuesta dissociar el trabajo del campo de las experiencias laborales extenuantes y sin reconocimiento a que lo sometía su padre en la infancia. Desde niño lo llevaba a limpiar potreros por 12 horas. El padre cobraba la mano de obra de los hijos y regresaba al trabajo que él tenía en otras zonas del país. El joven ganó el primer año de secundaria, pero desertó en el segundo año. La madre no comentó la salida de Julio del colegio. El ingreso familiar es precario y no es fijo. Las hermanas lo presionan para que trabaje. Le dicen que "no tiene cabeza para el estudio". Ante las duras condiciones de trabajo agrícola Julio prefiere llevar una vida ociosa con sus amigos. Planean emigrar a la ciudad.

Las graves presiones, las discrepancias entre lo aspirado y lo vivido, la ausencia de variadas opciones de recreación y superación, favorecen el consumo de alcohol, el cigarrillo, la búsqueda indiscriminada de actividad sexual y la limitación de estilos de vida que no concuerdan con su realidad. Los mecanismos psicológicos de descenso del nivel de aspiraciones, e internalización de los problemas sin una visión crítica de la situación pueden llevar a un conformismo que se acompañe de una posición depresiva o tenga válvulas de escape como el desinterés en el logro, el empobrecimiento afectivo, la violencia, etc.

King (1989) señala que el impacto subjetivo del trabajo debe ser estudiado en el marco de la crisis y sus manifestaciones. Destaca investigaciones de El Salvador, en las cuales los jóvenes

presentan más bien una "autoimagen laboral externa" que valoriza la satisfacción de las necesidades propias y de la familia en la situación de elevadas carencias. El apoyo familiar, cuando se les brinda, contribuye a la mantención de la autoestima. Tales observaciones nos indican que no puede suponerse mecánicamente que el trabajo rural en malas condiciones conlleva sentimientos conscientes de insatisfacción.

VII. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

La exclusión de las oportunidades de empleo, educación, salud, recreación y participación política, no borran la presencia de una cultura juvenil y marcan, en la zona rural, un ámbito existencial que lejos de sugerir la ausencia de una etapa adolescente entre los campesinos, hacen visible un perfil más crítico y dramático que el de la adolescencia urbana. Frente a las necesidades propias del crecimiento biopsicológico muchos hombres y mujeres adolescentes sufren el impacto de la pobreza y buscan construir sus respuestas desde la carencia y la confusión, afirmar la vida en un presente que no tiene una promesa concreta de futuro.

Los y las jóvenes rurales se encuentran en la fase de elaboración de su identidad sin poder incorporar positivamente muchos de los elementos básicos de su socialización durante la niñez. No tienen el espacio para recrear su condición juvenil y la migración es la figura del logro imaginado en lo desconocido, frente a la falta de opciones de lo conocido.

La búsqueda de individuación, se encuentra intervenida por las necesidades de supervivencia familiar, y las normas tradicionales. La familia, al fomentar el control y desestimar la autonomía, restringe las posibilidades de cambio social y obstaculiza el paso al orden de la cultura moderna, no está preparada para cultivar las destrezas y habilidades que requiere una participación eficiente y satisfactoria en la sociedad, como son el planeamiento, la administración de los recursos económicos y la exploración, adquisiciones que permitirían la consolidación de los logros. La autoestima de estos adolescentes, fundamental como energía que permite la búsqueda y construcción de las metas de crecimiento, encuentra escaso apoyo para ser generada. El trabajo y la escolaridad, fuentes imprescindibles de reconocimiento social son precarias y distorsionadoras de su imagen personal. Esto se ve agravado con la falta de información congruente y la presencia de mensajes mistificadores de los medios de comunicación colectiva. Las contradicciones y las limitaciones existentes generan en los adolescentes perplejidad y ansiedad, les dificultan la construcción de un proyecto de vida.

Es importante dar información y capacitación sobre la necesidad del desarrollo adolescente a las figuras parentales, a los maestros escolares, a los programadores de actividades laborales y a todos aquellos que se relacionen con la juventud rural. Las organizaciones juveniles y las propuestas programáticas son oportunidades de crecimiento personal y social, pero las condiciones de la modernidad hacen más difícil la cohesión en el funcionamiento colectivo; hay más redes de amigos y menos asociacionismo juvenil, son una mejor opción los programas que respondan a las preocupaciones y la estética de los jóvenes y les permitan organizarse, planear y expresarse en torno a objetivos concretos, con plazos definidos.

Fomentar el desarrollo adolescente, representa, ni más ni menos, que permitir a estos jóvenes tener el control de sus propias vidas. Para ello se requiere legislar en favor de sus derechos personales, económicos y sociales y promover proyectos que no sólo les ofrezcan las vías de formación y trabajo productivo, sino los ámbitos que les permitan el desarrollo de su creatividad, su autoestima

y la restauración de la autoimagen, condiciones necesarias para la construcción de metas de logro y la organización de estrategias para obtenerlas.

Es imperativo no olvidar a los adolescentes rurales, reconocerlos en las situaciones que atraviesan y no solo como futuros adultos. La fase juvenil es entre ellos un período breve, lo que contribuye a su dificultad para organizarse permanentemente, hacer oír su voz y luchar por su presente. Por ello es fundamental legitimarlos como interlocutores válidos, considerar su subjetividad y sus necesidades en las propuestas de desarrollo de programas, superar la gran dificultad que enfrenta la adultez para mirar y oír a la juventud con una interpretación que considere sus preguntas y transforme a la sociedad en sus respuestas.

BIBLIOGRAFIA

- Bronfenmajer, G. (1988), "Juventud y Sociedad en Venezuela", en Escépticos, Narcisos y Rebeldes, FLACSO/CEPAL, San José.
- Campabadal, M. y Vargas, M.C. (1992), "Experiencia de grupos operativos con adolescentes marginales de Santo Tomás de Santo Domingo de Heredia", Documento, Escuela de Psicología, Universidad de Costa Rica, San José.
- Cipollati, A. (1975), "Reflexiones para un nuevo planteo en la orientación vocacional", en Teoría, técnica e ideología, Ed. Búsqueda, Buenos Aires.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1993a), "Estrategias de vida de los jóvenes rurales en América Latina, obstáculos, condicionantes y políticas", División de Desarrollo Social, Santiago de Chile.
- _____ (1993b), "Juventud rural, modernidad y democracia: Desafíos para los noventa", Santiago de Chile
- _____ (1985), "La Juventud en América Latina y el Caribe", Colección Estudios e Informes de la CEPAL, N° 47, Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- De la Garza, F. et al. (1977), Adolescencia marginal e inhalantes, Ed. Trillas, México.
- Dulanto, E. (1985), "La adolescencia en el campesino: estudio de comunidades rurales en Querétaro, Jalisco y Tamaulipas", México, en La Salud del adolescente y el joven en las Américas, Publicación Científica, N° 489, OPS/OMS, Washington.
- Erdheim, M. A. (1992a), "Psicoanálisis, adolescencia y retroactividad", Documento Goethe Institut, San José.
- _____ (1992b), "¿Es el hombre de las sociedades modernas un eterno adolescente?", Documento Goethe Institut, San José.
- _____ (1992c), "Sobre la desritualización de la adolescencia por la aceleración del cambio cultural", Documento Goethe Institut, San José.
- Gainza, G. (1989), "Herencia, identidad y discursos", en Revista Herencia, Vol 1(1), pág. 53-58, San José.
- Garita, C. y Vargas, G. (1989), "Adolescencia en asentamientos en precario, representaciones sociales de su situación socio-económica", Tesis para optar a la licenciatura de Psicología, Escuela de Psicología, Universidad de Costa Rica, San José.

- King, C. (1989), "Algunos efectos de la incidencia de la crisis que afecta al país en los adolescentes y jóvenes salvadoreños", Presentado en la reunión de CLACSO-CELAJU-FLACSO sobre "Efectos de la crisis en la juventud de América Latina", San José.
- Krauskopf, D. (1982), Adolescencia y Educación, Ed. EUNED, San José.
- _____ (1989), "La situación de la Juventud Centroamericana en la crisis", en Revista de Estudios de la Juventud, N° 35, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Juventud, Madrid.
- _____ (1990), "Mujeres jóvenes latinoamericanas", en Juventud, desarrollo y cooperación, Documentos para el desarrollo, Editado por la Cruz Roja Española, Madrid.
- Krauskopf, D., Calvo, J. A., Gutiérrez, A. L. y Miranda, A. D. (1992), "Adolescencia en Costa Rica: necesidades de atención de su salud y sexualidad", Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, OPS, Caja Costarricense de Seguro Social, San José.
- Martín Baró, I. (1989), Sistema, grupo y poder. Psicología social desde Centroamérica, Ed. Universidad Centroamericana, San Salvador.
- Moreno, W. (1992), "Representaciones sociales del proyecto de vida y elección ocupacional en adolescentes nicoyanos inscritos y no inscritos en el sistema educativo formal", Tesis para optar a la licenciatura en Psicología, Universidad de Costa Rica, San José.
- Pardo, M. (1987), "Inserción social del adolescente: Una visión antropológica", en Adolescencia normal, Editado por la Comisión Integral de Adolescente, San José.
- Porras A.I. (1993), "Condiciones psico-socio-culturales del embarazo de adolescentes primigestas en zona rural", presentado al V Congreso Internacional y Multidisciplinario de la Mujer, San José.
- Rama, G. W. y Filgueira, C. (1991), "Los jóvenes del Uruguay, esos desconocidos", Análisis de la Encuesta Nacional de Juventud, CEPAL, Montevideo.
- Reuben, W. (1990), "La juventud rural en América Latina y el Caribe", Serie de publicaciones misceláneas, IICA, San José.
- Torres Rivas, E. (1987), "La cuestión juvenil en Costa Rica", FLACSO, San José.

ANEXO: Cuadros

Cuadro 1

OPINIONES DE LAS FIGURAS PARENTALES ACERCA DE LA ACTIVIDAD
SEXUAL EN LA ADOLESCENCIA SEGUN ZONA DE RESIDENCIA,
COSTA RICA 1990

VARIABLE	ZONA URBANA	ZONA RURAL	TOTAL
OPINION ACERCA DE LAS RELACIONES SEXUALES EN LA ADOLESCENCIA			
TOTAL DE CASOS	838	694	1 532
DE ACUERDO			
En varones adolescentes	34.9	34.5	34.7
En mujeres adolescentes	10.6	11.4	11.0
EN DESACUERDO			
En varones adolescentes	65.1	65.5	65.3
En mujeres adolescentes	89.4	88.6	89.0
OPINION ACERCA DE LOS METODOS ANTICONCEPTIVOS EN LA ADOLESCENCIA			
TOTAL DE CASOS	833	692	1 525
DE ACUERDO			
En varones adolescentes	73.9	74.1	74.0
En mujeres adolescentes	65.5	65.3	65.4
EN DESACUERDO			
En varones adolescentes	26.1	25.9	26.0
En mujeres adolescentes	34.7	34.7	34.6

Fuente: Encuesta sobre salud y sexualidad (Krauskopf et al.).

Cuadro 2

UTILIZACION DE METODOS ANTICONCEPTIVOS EN EL SECTOR
ADOLESCENTE SEGUN ZONA, COSTA RICA, 1990

	ZONA URBANA	ZONA RURAL	COSTA RICA
TOTAL ENTREVISTADOS	487	516	1 003
UTILIZACION DE METODOS ANTICONCEPTIVOS	77	84	161
Sí utiliza	62,3	64,3	63,4
METODOS ANTICONCEPTIVOS QUE USA	33	53	86
Píldoras anticonceptivas	18,2	41,5	32,6
Preservativo	78,2	62,3	68,6
Ritmo	4,7	1,2	5,8
Ovulos, jaleas y espermicidas	0,0	0,0	1,2
Retiro	1,2	0,0	1,2
Otro	0,0	2,3	2,3
CON QUIEN USA ANTICONCEPTIVOS	33	54	87
Con la novia	24,2	12,2	16,1
Con una compañera estable	4,6	9,4	7,8
Con la esposa	18,2	38,9	31,0
Con compañeras ocasionales	48,5	33,3	37,9
Con prostitutas	3,4	4,1	4,6
Otros	2,0	3,5	2,3

Fuente: Encuesta sobre salud y sexualidad (Krauskopf et al.).

Cuadro 3

EDAD, NIVEL EDUCATIVO Y SITUACION ACTUAL DEL ESTUDIO DE LOS
 ADOLESCENTE SEGUN ZONA, COSTA RICA, 1990

	ZONA URBANA	ZONA RURAL	COSTA RICA
TOTAL ENTREVISTADOS	828	749	1.577
EDAD			
10-12	37,7	40,7	39,1
13-16	30,0	29,0	29,5
17-19	32,4	30,3	31,4
NIVEL EDUCATIVO			
Ninguno	0,5	0,7	0,6
Primaria	42,7	67,7	54,5
Secundaria	51,9	29,9	41,5
Técnica	1,1	1,8	1,0
Universitaria	3,8	0,9	2,5
ESTUDIA ACTUALMENTE			
Sí	88,1	71,1	80,1
No	11,9	28,9	19,9

Fuente: Encuesta sobre salud y sexualidad (Krauskopf et al.).

Cuadro 4

**CARACTERISTICAS OCUPACIONALES DE LOS
ADOLESCENTE SEGUN ZONA, COSTA RICA, 1990**

	ZONA URBANA	ZONA RURAL	COSTA RICA
TOTAL ENTREVISTADOS	828	749	1.577
CONDICION ACTIVIDAD			
Estudia	87,6	70,6	79,5
Trabaja con salario	5,9	8,3	7,0
Trabaja ocasional	2,4	6,0	4,1
Trabajo doméstico	5,8	14,8	10,1
Trabajo no asalariado	0,5	2,5	1,5
Otro	1,4	4,7	3,0
OCUPACION	103	121	224
Obrero no calificado	26,0	1,8	33,3
Pequeño empresario	18,9	4,2	11,7
Obrero calificado	15,4	9,1	12,3
Técnico independiente	2,4	0,0	1,7
Empresario grande	0,0	0,6	0,3
Otros	37,3	44,3	40,7

Fuente: Encuesta sobre salud y sexualidad (Krauskopf et al.).